

Ordenación de Diáconos
Homilía
17 de marzo de 2018

Liturgia de la Palabra: 2ºCo 4, 1-2.5-7; Salmo88; Jn 15, 9-17.

Queridos hermanos:

Estos jóvenes que hicieron un camino siguiendo a Jesús, y entre los cuales hoy se encuentran sus familiares y amigos, serán ordenados Diáconos; por eso, es importante que atendamos al servicio que van a desempeñar en la Iglesia. En el inicio de la vocación de cada uno de ellos, es necesario reconocer la voz del Buen Pastor que los eligió y los llamó para servir en su Iglesia. Como todas las cosas espirituales hay que mirarlas desde la fe, dejemos que la Palabra de Dios que hemos proclamado nos enseñe e ilumine para comprender lo que vamos a celebrar en este día, por cierto, muy bendecido para la Iglesia que peregrina en Buenos Aires.

San Pablo enseña que los ministros son «revestidos misericordiosamente del ministerio apostólico» (2 Co 4,1). Es una expresión que define lo que Dios Padre, «rico en misericordia» (Ef 2,4), obrará en el corazón de estos jóvenes con el don de la ordenación. Si la Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro, una vez ordenados Diáconos, se convertirán en los brazos abiertos del Padre bueno que recibe a todos y sin excepciones, porque la misericordia divina es gratuita, incondicional e inmerecida. Así la misión diaconal se torna un acto de justicia, porque «revestidos» significa que al mirar el camino recorrido hasta aquí y al reconocer que han sido *misericordiosos* y consolados con el perdón de sus pecados, ahora el diaconado les abre la puerta para compartir la alegría que nos viene de un Dios, que por amor a todos los hombres, envió a su propio

Hijo, y quiso que también por el ministerio de ustedes, continúe estando entre nosotros como el que sirve (cfr. *Mt 22,27*). Sí, serán servidores de todos por amor a Jesús, con la conciencia de ser barro cocido, frágiles y dependientes de su gracia, para que se vea bien claro que todo el bien que puedan hacer en su nombre, no procede de ustedes sino de Dios (cfr. *2 Cor 4,7*). Si permanecen en su amor podrán realizar muchas obras buenas en favor de los pobres y pequeños, y Él mismo las recibirá como el dispendio de su propia bondad.

Queridos jóvenes: Javier, Federico, Pablo, Alejandro, Daniel, Gonzalo, Francisco Javier, Julián y Francisco Javier, el don del Espíritu Santo los fortalecerá para que ayuden al Obispo y a su presbiterio, anunciando la Palabra de Dios, actuando como ministros del altar y atendiendo las obras de caridad, como servidores de todos los hombres. Como ministros del altar, proclamarán el Evangelio, prepararán el sacrificio de la Eucaristía y repartirán el Cuerpo y la Sangre del Señor a los fieles.

De acuerdo con el mandato recibido del Obispo, les competirá evangelizar a los que no creen y catequizar a los creyentes enseñándoles la sagrada doctrina. También podrán dirigir las celebraciones litúrgicas, administrar el bautismo, autorizar y bendecir los matrimonios, llevar el viático a los moribundos y presidir las exequias.

Consagrados por la imposición de las manos, practicada desde el tiempo de los apóstoles, y estrechamente unidos al altar, cumplirán el ministerio de la caridad en nombre del Obispo o del párroco. «Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que, como la misión y la liturgia, pertenece a su naturaleza íntima y es manifestación irrenunciable de su propia esencia»¹. La diaconía tiene el privilegio de servir a Cristo en los pobres, como nos enseña el Papa Francisco: «Para la Iglesia la opción por los pobres es

¹¹ *Deus caritas est*, Benedicto XVI, 25 a.

una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga “su primera misericordia”. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (*Flp 2,5*). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una *opción por los pobres* entendida como una “forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia”. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del sentido de la fe, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (*EG 198*).

En la oración, crezcan en el deseo de permanecer en su amor y así los reconocerán como discípulos de Aquel que no vino a ser servido sino a servir. Con el mismo espíritu, los invito a participar con entusiasmo del Sínodo Arquidiocesano y mientras caminamos juntos, ayúdenos a los obispos a ser «misioneros misericordiosos, aprender a detenernos y ser compasivos ante toda miseria humana» (Oración del Sínodo).

En su condición de Diáconos, es decir, como ministros de Jesucristo, que se comportó como servidor de sus discípulos, cumplan de todo corazón la voluntad de Dios, sirviendo con amor y con alegría al Señor y a los hombres. Como nadie puede servir a dos señores, tengan presente que toda impureza y avaricia es como una esclavitud al servicio de los ídolos.

Es necesario que se comporten como testigos del bien y de la verdad que provienen del Espíritu Santo, a semejanza de aquellos

hombres que eligieron los apóstoles para ejercer el ministerio de la caridad.

Que la fe sea el cimiento en el que se asiente la vida de ustedes, y que su conducta sea intachable, delante de Dios y de los hombres, como corresponde a quienes son ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.

Contagien con alegría la esperanza que proviene del Evangelio, al cual deben no solo escuchar sino además servir. Conserve el misterio de la fe con pureza de alma, y practiquen en su vida la Palabra de Dios que anunciarán, para que el pueblo cristiano, vivificado por el Espíritu Santo, se convierta en una ofrenda pura y agradable a Dios, y ustedes puedan salir al encuentro del Señor, al fin de los tiempos, para escuchar de sus labios: «Bien, servidor bueno y fiel, entra a participar del gozo de tu Señor».